

social; ha hecho sentir su acción, estableciendo una sociedad en medio del mundo.

Esa acción de Cristo en el orden social, es una acción sobrehumana, es verdaderamente una acción divina.

Esa acción sobre el mundo social va á revelarnos su divinidad de un modo admirable.

Cristo no ha fundado una escuela, porque el fundador de una escuela es un hombre que después de haber recogido muchas ideas en el silencio del estudio, las comunica no á todos los hombres, sino á un pequeño grupo de inteligencias escogidas. Allí se detiene su pensamiento, no baja hasta el pueblo, no destina su pensamiento á que se haga el pensamiento de los pequeños y de los ignorantes, ni su palabra franquea el dintel de las Academias.

Basta para demostrarlo pasar una revista de los fundadores de escuelas, que se encuentran escalonados de siglo en siglo en el camino de la humanidad.

Todos ellos han sido semejantes á las divinidades del Olimpo, que la fábula colocaba en las nubes. Los príncipes de la ciencia que están sobre la tierra, no se comunican con el común de los morta-

les; los escritos de aquéllos quedan para éstos como un libro cerrado y como un enigma que no puede descifrarse.

La India vió á sus Brahamanes ocultar su ciencia misteriosa en las sombras de sus viejos bosques. Los sabios del Oriente habían hundido los restos de su erudición en los antros de la Caldea: Roma, heredera del Pórtico y del Liceo, había visto elevarse, una después de otra, sus dos Academias, y al rededor de la cátedra de Moisés, Hillel y Schammaï atraían al rumor de sus palabras á las más bellas inteligencias de Palestina.

En todas estas escuelas se escribía y se hablaba en sabio; pero el ignorante, el pueblo hambriento de doctrina y de verdad, se detenía en las puertas de esas escuelas; allí veía sin mirar, escuchaba sin comprender, y de la mesa de esos ricos de la inteligencia no caía siquiera una migaja de pan para saciar á los pobres de espíritu.

Cristo no ha obrado así; El se ha dirigido al pueblo, y un día, después de haberlo instruido, hizo brotar de sus labios estas palabras: "*Yo os doy gloria ¡oh, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra! porque habéis ocultado estas cosas á los sa-*

bios y á los prudentes y las habéis revelado á los pequeños!"¹

En otra ocasión decía: "*Me inspira compasión ese pobre pueblo, porque es semejante á ovejas que no tienen pastor: los maestros han tomado para sí la llave de la ciencia y han cerrado á los demás su entrada. Por lo que á mí toca, afirmo que he venido á evangelizar á los pobres.*"

El día en que tales palabras brotaron de los labios divinos de Cristo, quedaron atrás Sócrates, Aristóteles y Platón.

Cristo no vino á fundar un imperio.

Declina los honores de ser rey, ocultándose por la fuga á las miradas de la multitud.

Al poder sacerdotal le dijo: "*Dad al César lo que es del César;*" al poder civil le dice: "*Mi reino no es de este mundo;*" y cuando el fanatismo político le preguntaba si había llegado la hora de restablecer el reino de Israel, no responde, sino censurando la tenaz ignorancia de los que hacían la pregunta.

No fundó, pues, Cristo un imperio y sin embargo ha dicho que El era Rey: *Rex sum ego*. Pero

¹ San Mateo XI 25.

² San Mateo XI.—34.—San Lucas XI—52.

es Rey no de un imperio terrestre y político, sino de un imperio espiritual, del imperio de las almas.

Los tributos que recoge, son tributos de amor, el impuesto que exige es el impuesto de la fe, de la oración, el de la penitencia.

"Los jefes de las naciones, decía, os piden vuestro cuerpo y vuestros bienes para fundar su reino; yo os pido vuestras almas, porque el Hijo del Hombre no ha venido á perder las almas, sino á salvarlas."

Cristo, pues, ha fundado una sociedad religiosa, una Iglesia.

Otros lo han hecho, como Mahoma, pero la acción de Cristo en el orden social no tiene las deficiencias ni las limitaciones que la más poderosa acción del hombre.

El hombre encuentra siempre en sus obras, el límite del espacio y el límite del tiempo: las obras divinas no están limitadas ni por el espacio ni por la duración.

Las obras humanas encuentran en el espacio tres obstáculos: el territorio, las naciones y las razas.

Puede vencerse el territorio, pueden vencerse

las naciones, pero el tercero, la raza, el hombre no la vence.

La división de las razas es la división de la palabra y de la sangre; la raza es lo que más profundamente divide á la humanidad

Cristo solo ha salvado ese límite, como ha salvado la nacionalidad, como ha salvado el territorio.

Todo poder social queda limitado al Norte ó al Sur por un mar, al Oriente por una montaña, al Oeste por un río.

El poder religioso de Numa media apenas algunas leguas cuadradas de superficie, el recinto de Roma, un rincón de Italia: cada nacionalidad helénica formaba una sociedad religiosa.

Pero, sobre todo, las razas han sido un obstáculo insuperable; el poder de los Brahmanes expira con la raza india, el de Fó no ha osado traspasar con la raza mongola y la raza tártara las montañas de la China ó del Thibet y la más alta potencia religiosa que se ha ejercido fuera de la de Cristo, la de Mahoma, no ha podido desbordar de la raza árabe sobre ninguna otra de las grandes razas que llenan la tierra.

Naciones gloriosas, naciones oscuras, naciones vivientes, naciones extinguidas, naciones li-

bres, naciones esclavas, todas están sumisas al Rey de las almas.

Cristo sale de la raza más concentrada y menos expansiva del viejo mundo y somete á las razas griega y latina.

Después de haber reducido á estas razas famosas, la acción social de Cristo, extendidos los brazos sobre Roma y Bizancio, aguarda con pie firme á los bárbaros.

Victorioso de las razas del Oriente y del Occidente, ha penetrado el poder social de Cristo, en medio de las razas salvajes, en donde se extiende día por día.

La acción social del hombre también encuentra un límite en el tiempo: está limitada por el pasado y por el porvenir.

Ni Mahoma, ni Numa pudieron preexistir en una sociedad anterior á la que ellos iban á fundar.

Numa ha caído con la grandeza de Roma, y la obra de Mahoma, la más fuerte de las fundaciones humanas, tiene apenas doce siglos, y si aun está en pie, es únicamente, porque las potencias se están disputando quien será, de entre ellas, la que deba aplastarla.

Por otra parte, doce siglos de existencia ¿qué son cuando no se tiene pasado y cuando queda poco del porvenir...?

La obra de Cristo, al contrario, tiene un pasado que ninguna otra obra tiene; Cristo ha sido el alma de la sociedad patriarcal, de la sociedad judía, la esperanza del pueblo gentil, y, replegándose sobre sí mismo, retrograda hasta la cuna del mundo.

La acción de Cristo ha atravesado diez y nueve siglos de luchas, y en su marcha ascendente y progresiva, ha pasado por encima de los Césares y de las opresiones, por encima de los bárbaros y de sus ataques, por encima de las herejías y de sus revoluciones: perseguida sin cesar, es siempre inmortal é invencible.

Las obras humanas pierden terreno á medida que se alejan de su cuna, como el Mahometismo, ó se condenan á la inmovilidad estacionaria, como el Budismo.

El Cristianismo, al contrario, se fortifica con el tiempo, se ensancha con los siglos, se desenvuelve en la duración.

La obra de Cristo no tiene límites, ni en el espacio, ni en el tiempo.

El carácter de su obra revela su acción divina. No la revelan menos los medios de que se ha valido para fundar y desarrollar su obra portentosa.

Para fundar una escuela, el medio humano es la ciencia; para fundar un imperio, el elemento es la fuerza; para fundar una secta, el medio es la pasión.

Cristo era la sabiduría encarnada, pero, para fundar su Iglesia, ha desdeñado la ciencia, que es el primero de los elementos humanos.

Cristo reúne algunos pescadores, y con ese pequeño número de hombres ignorantes, en lugar de ir á las puertas de las Academias, pasando á un lado de los sabios, de los literatos y de los filósofos, se dirige al pueblo; usa con él del lenguaje más sencillo y más familiar; le habla en parábolas. Estos no son los medios que la ciencia ofrece.

Id, decía á sus humildes discípulos, *enseñad á todos los pueblos y no os inquietéis pensando cómo hablaréis.* ¹

Cristo no confía su sistema á los sabios de la tierra. Cristo no abre una cátedra. Su cátedra es

¹ San Mateo XXVIII—19.

una roca sobre la montaña, una barca en un lago, el brocal de un pozo.

No enseñaron así ni Aristóteles, ni Descartes, ni Leibnitz.

Y su palabra, que no tenía los exteriores de una palabra sabia, es la que ha destruido el obstáculo de los territorios, la barrera de las nacionalidades, la división de las razas, el límite del pasado y el intraspasable límite del porvenir.

Cristo tampoco se ha valido de la fuerza.

Fué el hombre de corazón más amable, el más lleno de bondad, de mansedumbre y humildad.

Avanza sin armas y sin defensa, se ofrece al odio de sus enemigos, no opone á su furia más que una humilde resignación, y no responde á sus golpes más que con un silencio admirable.

Cristo no lleva, como los fundadores de efimeros imperios, ejércitos formidables, ni el rayo de las batallas, ni la antorcha del incendio.

“Id, dice á sus discípulos, y predicad el reino de Dios; no llevéis consigo, ni oro, ni plata, ni moneda; no tengáis ni saco para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo. . . . En cualquiera casa en que entréis, decid: “La paz sea en esta casa” cuando alguno no os reciba, y no

escuche vuestra palabra, salid de aquella casa ó de aquella ciudad, y sacudid sobre ellas el polvo de vuestros piés.”

No es la fuerza de lo que se vale Cristo, es de la debilidad en toda su desnudez, y sin embargo, esa debilidad, esa nada, ha ido más lejos que la lanza de Rómulo, la espada de Atila y la cimitarra de Mahoma.

Cristo tampoco se ha valido de las pasiones: Cristo nunca ha lisonjeado los instintos del pueblo.

Cristo no prometió á los judíos la soberanía política y religiosa del mundo; no quiso reanimar la sangre de los Macabeos en las venas de su pueblo.

Jamás exaltó el orgullo de sus discípulos.

Por vosotros mismos, les decía, nada sois y nada podéis; haced lo que yo os he ordenado, y cuando hayáis cumplido estas cosas, desapareced, ocultaos en el polvo del olvido y golpead vuestro pecho; decid: “no hemos hecho más que aquello que debíamos hacer; somos servidores inútiles, servi inútiles sumus.

Cristo nunca ha lisonjeado las pasiones sensuales.

Lejos de ello, ha condenado esas pasiones y ha hecho de sus discípulos y de los fieles que han escuchado su voz, hombres maravillosos que más bien parecían ángeles.

Los solitarios de la Tebaida, los viejos mártires del cristianismo, las vírgenes sin mancha, los penitentes de todos los siglos, llevan sobre sí la sangre de Cristo, la santa severidad de la Cruz, mostrando de esta manera, que Cristo nunca predió ni los placeres, ni los goces materiales.

Cristo siempre ha condenado un simple pensamiento impuro, una mirada criminal, una palabra de desprecio, un deseo de venganza, y sin embargo, esa moral tan severa, ha arrojado al universo á los piés del fundador de la Iglesia.

Un poder que ha hecho una Iglesia, salvando los límites del espacio y del tiempo; una acción en el orden social, que ha realizado la creación de una Iglesia sin valerse de la ciencia, ni de la fuerza, ni del halago de las pasiones, no es un poder humano, no es una acción humana.

La acción de Cristo, realizando esa obra, que tiene sus raíces en el pasado, que vive en el presente, llena de vida, y que llegará inmortal y

triumfante hasta la última hora del tiempo, muestra, sin duda, la divinidad de quien la ejecuta.

La acción social de Cristo, como su nacimiento y su palabra, como su acción en el mundo físico, intelectual y moral, ponen de manifiesto, aun al que estuviera ciego, su divinidad adorable.

Cristo nació como Dios, habló como Dios, obró como Dios y, en consecuencia, vivió como Dios.

Pero, como lo hace notar Montaigne, no está todo en vivir bien; lo que es difícil es morir bien, porque la muerte es el escollo inevitable de la grandeza humana.

Es el momento supremo en el que se revela todo el poder ó toda la debilidad del hombre.

Es el instante más solemne de la vida, en que Dios aguarda á la humanidad, ya para quitar la corona á los altos nacimientos, á las grandes palabras, á las bellas acciones, ya para agregar á todas estas cosas un nuevo resplandor, el de una prueba nueva, pacientemente esperada y valerosamente resistida.

Por eso nunca se dice de un hombre que es grande mientras vive; bien puede suceder que

después de haber sido grande durante la vida, se muestre pequeño en presencia de la muerte.

Catón parecía grande cuando su estoica firmeza hacía contraste con la molicie de sus conciudadanos y cuando los acentos varoniles de su palabra trataban de prevenir la decadencia de una república famosa; y, sin embargo, Catón no ha sido verdaderamente grande, porque su muerte fué la de un cobarde y la de un miserable.

Así es que, para medir en todo su justo valor la grandeza de un hombre, no basta saber cómo ha vivido; hay que investigar cómo ha muerto.

Véamos si Cristo murió como un hombre ó murió como un Dios.

Entre los hombres hay tres clases de muertes, que se estiman grandes y hermosas.

Un hombre ha recorrido las diferentes estaciones de esta ruta peligrosa que se llama la vida; llega á una vejez extrema, recuerda los días benditos de su infancia, los brillantes años de su juventud, las penas y trabajos de su edad viril. Después de haber vuelto su mirada de gozo sobre un pasado que ya no existe, llega un día en que tiende sus miembros sobre el lecho de muerte, y haciendo llamar á sus descendientes, les dice: "He

acabado mi peregrinación aquí en la tierra, voy á reunirme con mis padres; quiera el cielo que os pueda legar un nombre honroso y devolver á Dios una alma pura." El anciano encierra, en una bendición última, todas sus fuerzas y todo su amor.

Esta es la muerte de un hombre de bien; la muerte común y ordinaria, ésta no es más que una faz de la muerte; hay grandeza, sin duda, en morir así, pero no es más que la grandeza de las cosas ordinarias y comunes.

Hay otra faz que revela más poder y más nobleza.

Se levanta un hombre de en medio de sus hermanos, tiene el corazón conmovido por los males de la patria, ha visto que el extranjero invade el suelo natal y profana el templo de su Dios. Reune algunos hombres generosos bajo su bandera humillada, y les dice: "Muramos en la sencillez de nuestra alma."

Después de haber puesto al servicio de su patria hasta la última gota de su sangre, cae repitiendo la palabra de aquel famoso romano: "Que mi último suspiro le sirva también á mi patria."

Esta es la segunda faz de la muerte, la muerte de un valiente, de un héroe.

Hay algo más grande todavía.

Dellecho fúnebre de Jacob, del campo de batalla de los Macabos, pasemos á las gradas del Areópago, allí está un hombre que reúne sobre su frente todos los rayos de la antigua sabiduría. En derredor suyo no hay jueces, no hay más que acusadores, cuya apasionada violencia no llega á turbar la serenidad de su alma.

Se le reprocha haber introducido en Atenas divinidades nuevas, haber pervertido á la juventud; pero su crimen único es tener menos vicios y más luz que sus conciudadanos.

Sin embargo, el inocente es sacrificado, su muerte queda resuelta: dobla el sabio su cabeza bajo la sentencia que le condena.

Irrítase uno de sus amigos por la iniquidad de la sentencia: «Apolodoro, le dice Sócrates, pasando suavemente la mano sobre su cabeza, ¿desearías acaso verme morir culpable?»

Después de haber disertado con sus discípulos sobre la inmortalidad del alma, bebe tranquilamente la cicuta.

Hay en esta calma de la inocencia condenada y en este desprecio de la muerte, una posesión de sí mismo que revela una alma fuerte.

Esta es la tercera faz de la muerte.

Y sin embargo, por grandes que hayan sido estas muertes, hay en la historia de la humanidad una que presenta un carácter infinitamente más elevado.

El primer carácter de divinidad que resplandece en la muerte de Cristo, es haber predicho con certidumbre su muerte, que es lo más incierto.

Nadie sabe cuándo ha de morir: la hora de la muerte es uno de los más terribles secretos que pesan sobre el destino humano.

Muchas veces ciertos vagos presentimientos hacen que algún hombre se atreva á decir: *La bala que me ha de matar, no está fundida todavía.* Esto es una audacia, quizá un presentimiento, pero nunca una profecía.

Cristo, al contrario, designa al traidor que lo ha de entregar á sus enemigos, predice el suplicio que ha de sufrir, detalla las diferentes circunstancias de su Pasión.

Cristo se encontraba en medio de enemigos que, á no dudarlo, preferirían un atentado secreto, á una muerte de cruz que tuviese resonancia.

Muchas veces trataron de deshacerse así de su

persona, y sin embargo, Cristo precisa y detalla los pormenores de su muerte.

Lejos de turbarse Cristo al anunciar sus amargos sufrimientos, lejos de agitarse, los predice con una tranquilidad, con una quietud, que no es ciertamente la de un hombre.

“He aquí, decía á sus discípulos, que vamos á Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado á los Príncipes de los Sacerdotes y á los Escribas y le condenarán á muerte y le entregarán á los gentiles para que sea burlado, azotado y crucificado.

No ha habido un hombre que anuncie muerte tan espantosa con sencillez tan admirable. Algo se mezclaría á su lenguaje, cuando menos un poco de exaltación.

Anunciar con certidumbre la muerte, la muerte más espantosa, con tranquila sencillez, no es propio de un hombre, sino de un carácter sobrenatural que resplandece en la muerte de Cristo.

Aquí brilla su ciencia divina.

Pero tiene otro carácter.

Cristo, que predecía con certidumbre divina lo más incierto, que es la muerte, escoge con libertad soberana la muerte más ignominiosa.

El hombre no puede escoger la muerte, ó más

bien dicho, no tiene la elección del género de muerte que desea.

Nada hace resaltar más la debilidad humana y su nada, que esta entera dependencia de un acontecimiento que escapa á su poder.

Ninguno, en efecto, es señor de su vida: la muerte le hiera como ella quiere y cuando á ella le place.

Y si alguna ocasión Dios deja al hombre la libertad de elección, nunca escogerá el hombre el camino que conduce á la ignominia, de preferencia á la ruta que lleva al honor.

Preferir la muerte más ignominiosa, cuando se tiene omnipotencia sobre la muerte, es morir como Dios.

Y Cristo tiene dominio sobre la muerte.

Mientras El quiso conservar la vida, nadie se la pudo arrebatar: deshizo todas las redes, engañó todos los cálculos, dejó frustradas todas las asechanzas que sus enemigos le tendían y atravesó por entre la muchedumbre como un soberano en medio de sus súbditos.

Cuando le quisieron aprehender en el huerto, una sola palabra derribó á sus enemigos en tierra, y El mismo lo dijo con su palabra soberana:

“Nadie me arranca la vida, sino que yo la doy de mi propia voluntad, yo soy dueño de darla y dueño de recobrarla.”

Y este dominador supremo de la vida no escoge una muerte apacible y tranquila, no ha escogido una muerte gloriosa: ha muerto como un infame, ha escogido el patíbulo de la cruz, que es el patíbulo de los esclavos.

Esto, ó es una locura ó es un rasgo divino.

Por eso Tertuliano, con ese lenguaje que es propio de él, decía, que este era el oprobio necesario de la fe: *necessarium dedecus fidei*.

“El Hijo de Dios, agregaba, ha muerto en una cruz; es preciso creerle, porque esto subleva la razón *mortuus est Dei filius prorsus credibile est, quia ineptum est.*”

Si Jesucristo no hubiera sido más que un hombre, hubiera preferido una muerte conforme á nuestras ideas, una muerte ilustre.

Si Cristo no hubiera sido más que un hombre, no hubiera encontrado en sí mismo fuerza bastante para descender de las alturas de su poder soberano hasta el último grado del abatimiento.

Por eso San Pablo, hundiendo su mirada en este abismo de grandeza, decía: “Pedís señales

del poder divino, pues mirad á este hombre que mandaba á los elementos, que era dueño de la vida y de la muerte, miradlo en el suplicio de los esclavos; yo predico á Cristo crucificado, y de este modo anuncio la omnipotencia divina: *Cristum crucifixum, Dei virtutem*.

He aquí el segundo carácter de la muerte de Cristo.

Pero hay un tercero más brillante todavía: la paciencia divina con que sufrió la muerte más dolorosa.

Se resigna en presencia de Dios que le presenta el cáliz de los sufrimientos; ¹ es dulce con el que le traiciona; ² es bueno con los discípulos que le abandonan; ³ es tierno con aquel amigo á quien basta la voz de una mujer para convertirlo en infiel con su Maestro; ⁴ es compasivo con el pueblo ingrato que no había respondido á sus beneficios, más que con gritos de muerte. ⁵

Nada hay que subleve más el corazón del hombre que la calumnia; hay algo más odioso todavía, el ultraje.

1 San Mateo, XXVI, 39, 42.

2 San Lucas XXII, 48.

3 San Juan, XVIII, 8, 9.

4 San Lucas, XXII, 61.

5 San Lucas XXIII, 28.

Sin embargo, la calumnia y el ultraje nada valen ante los tratamientos malos, y Cristo, á la calumnia, al ultraje y á los malos tratamientos, responde con el silencio.

En el silencio hay una nobleza que no es propia del hombre.

Con razón estos hechos arrancaron de los labios de Rousseau esta notable confesión: «Si la muerte de Sócrates es la de un sabio, la muerte de Cristo es la de un Dios.»¹

Cristo durante el curso de su larga y dolorosa pasión, no desmiente su inalterable paciencia, su tranquilidad sobrehumana.

Después de haberle flagelado, coronado de espinas, pospuesto á un malhechor insigne, sin haber dejado escapar una queja, una lágrima, responde á las burlas de la muchedumbre, á los insultos de sus enemigos con estas palabras que escucharon los cielos y la tierra, con estas palabras que fueron el último grito que salió del pecho del Martín divino: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

Al contemplar la muerte de Jesús, el ánimo más preocupado tiene que lanzar las palabras de

¹ Emilio, VI, pág. 105.

Centurión, cuando veía expirar en el Gólgota al Redentor de la humanidad: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.*

Cristo murió como Dios, porque predijo con certidumbre divina la muerte más incierta, escogió con libertad divina la muerte más ignominiosa y sufrió con paciencia divina la muerte más cruel.

Y después de la tumba ¿qué queda?

Después de haber dicho cómo nació un hombre, cómo ha vivido y cómo ha muerto, ¿qué otra cosa queda por decir?

Bien puede suceder que la tumba de un mortal quede rodeada de pompa y de resplandores; que de pie ante ella contemplen generaciones enteras con respeto reliquias honradas en un sepulcro glorioso; que de este polvo fecundo se escape un nombre inmortal, obras imperecederas, una gloria sin fin, y que de este modo, sobreviviendo el nombre, las obras y la gloria, triunfe un poco el hombre de la muerte que le ha herido y de la tierra que le tiene encerrado en su seno.

Pero esto es bien poco: nadie podrá sembrar